

UN *cuaderno* *estrellado*

L. CIERRA LOS OJOS Y APRIETA LOS DIENTES CON fuerza. Se respira un silencio seco en el altillo en el que se esconde junto a sus dos hermanas pequeñas y sus padres. El miedo hace tiempo que no pisa por allí; la costumbre consiguió —poco después de las primeras deportaciones— espantarlo casi por completo. Sentados sobre un colchón polvoriento, la familia Herzog se esconde de los alemanes. Un hábito más, que desde hace tiempo no causa sobresalto en ninguno de los rostros que colorean la habitación. Hace calor y los mosquitos acechan con mala baba. La madera se resiente. «Hasta respirar se vuelve más complicado entre las paredes de este cuartucho», resopla el señor Herzog mientras se abanica con una mano. Nadie dice nada. El rostro de M. dibuja pucheros que amenazan tormenta. Su madre, que la sostiene en brazos, la aprieta contra su pecho con fuerza para evitar cualquier ruido que pueda traicionarles. Con un suave y continuo balanceo logra que M. se quede dormida de nuevo. Una respiración profunda de alivio renueva el aire de la habitación. «Se han ido, se han ido», advierte alguien. Hoy no será el día.

Ya no hay peligro, pero L. sigue aferrado a su cuaderno de estrellas y a su lapicero azul. Escribir es su manera de sentir en momentos en los que hacerlo hacia fuera es imposible. La guerra es un lugar de emociones secuestradas. Uno, además, frío y sucio. La familia Herzog lo sabe bien. Por eso el cuaderno es para L. una especie de refugio; porque es el único sitio en el que puede olvidarse de todo y volver a ser un niño. «Echo de menos jugar a la pelota con





mis amigos del colegio», escribe L. en una nueva página de su libreta estrellada; esa que se compró poco antes de empezar la persecución alemana y tras reunir el dinero necesario ahorrando la paga de tres semanas.

L. se entretiene dibujando balones alrededor de la frase recién escrita con su desgastado lapicero azul. Los repasa despacio. Ya no tiene con qué colorearlos.

Desde el principio, L. acostumbra a acompañar sus visitas a la libreta con la fecha de cada uno de los días que escribe. Incluso los días en los que las visitas se reducen a dibujar emoticonos tristes o a apuntar —a modo de diccionario— palabras nuevas como en su día fueron «campo de concentración» o «deportar», L. siempre, siempre, apunta la fecha. «¡Qué cuidadoso has sido siempre, hijo mío!», apostilla su madre al verle fechar la «visita» del día en la esquina superior de la página. L. sonrío y su madre responde con una mirada cómplice. No hace falta nada más.

* * *

El termómetro marca temperaturas en negativo. Son pocos los que se atreven a pasear por las desnudas calles de la vieja Varsovia en un invierno más frío de lo normal. Son las once en punto y Z. cruza —como cada mañana— la puerta del Café Glowny.

—Buenos días.

—Buenos días, señor.

—¿Está en el rincón?

—Sí, señor.



Con paso firme, Z. se dirige a la parte trasera de la cafetería y entra en lo que parece un anticuario. Un hombre barbudo, sentado en una mesa que divide la sala, celebra la llegada de Z. «Ha

llegado una caja para ti» dice al tiempo que inhala la última calada de un cigarro. El hombre barbudo se encamina a una de las estanterías del fondo de la sala, se agacha con esfuerzo y levanta una caja de madera. Con cuidado, la pone encima de la mesa y la destapa. «Toda tuya, machote».

Z. echa un vistazo rápido y se detiene en un yoyó y una bolsa de canicas transparente. Juega sin jugar un rato. Piensa en algo pero no hace al hombre barbudo partícipe. Se fija después en un cuaderno estrellado al que el tiempo le ha robado el color azul. Lo ojea de pasada, sin prestarle demasiada atención, hasta que decide —sin mucha gana— abrirlo por la mitad. «2 de febrero de 1938. Todo el mundo está muy enfadado. No sé qué le hemos hecho a los alemanes y tampoco sé para qué sirve una guerra. Quiero volver al colegio».

—Me llevo el cuaderno. Te pago mañana.

—Hasta mañana, compadre.

Z. abandona el café sin sacarse los guantes del bolsillo. No es el frío de la calle el que le preocupa. Sostiene el cuaderno con las dos manos. Viaja con los ojos por las páginas garabateadas, sin perder detalle. Por un momento los calendarios no marcan el año 1990 y él no es el señor Z., sino un niño con un cuaderno y muchas, muchísimas, preguntas. 